

Agustí Obiol

Cecilia Obiol

ETSAB — 10/24

breus

breves



Septiembre de 1999. Primer día de corrección de Proyectos I. Un aula pequeña de Coderch, con las paredes forradas de A0, convertidas en un catálogo a escala 1:1 de sillas de todas las formas. El primer ejercicio del cuatrimestre consistía en dibujar a tamaño real, en planta y alzado, una silla que tuviéramos por casa. Cuando llegó mi turno, Carme Ribas y Ton Salvadó se miraron. A pesar de la torpeza de mi trazo, les bastó un segundo para comprobar que se trataba de la silla Quinta de Mario Botta, el asiento donde desde muy pequeña había llevado a cabo la gran mayoría de mis comidas y cenas, no sin preguntarme a menudo por qué teníamos unas sillas tan distintas a las que yo veía en otras casas. “*Com et dius?*”. “*Cecilia Obiol*”. “*Obiol? Filla d’Agustí Obiol?*”

Aquel día comprendí que esa sería una pregunta recurrente durante los años que pasaría en la EtsaBy, más tarde, ejerciendo la profesión. Incluso cuando compré el piso en el que vivo, resultó que el anterior propietario había sido alumno de mi padre. Y, al contrario de lo que podría pensarse, nunca me incomodó lo más mínimo. Era un placer, y para mí se convirtió casi en un juego; me fijaba en los ojos del profesor o profesora cuando pronunciaba mi apellido, y me preparaba para escuchar el correspondiente elogio. Cuando mi padre llegaba a casa por la noche, le explicaba que había conocido a otro miembro de su club de fans. Y le decía que, algún día, al ir a presentarse, alguien le diría: “¿Obiol? ¿Padre de Cecilia Obiol?”

Obviamente, ese día nunca llegó. Mi padre escribió sobre Enric Miralles: “En tan solo veinticuatro horas, algunos de mis pobres croquis, siempre intencionados, pero demasiado conceptuales, o algunas de las conclusiones verbales que alcanzábamos, se transformaban en dibujos de un contenido tan esencial que yo no hubiese conseguido trazar ni en cien vidas de prácticas”.

Es inútil intentar cuantificar las vidas que yo necesitaría para siquiera rozar la sombra de mi padre, pero es aún más difícil tratar de describir lo que ha sido vivir bajo el cobijo de su luz. Porque sus *pobres croquis* y sus *conclusiones verbales* afloraban del pensamiento más claro, ponderado y preciso posible. Y se materializaban en su palabra justa, sabia, generosísima. Elena Oliver, discípula y colega suya, lo describía de forma hermosa: “La posibilidad de tener acceso a ese conocimiento infinito que va más allá de lo que hay en los libros, esa sensación de que no hay biblioteca en la que uno pueda encontrar respuesta a una determinada cuestión, pero sí hablando con Agustí. Que no solo era generoso explicándolo, sino también en el refuerzo positivo de hacerte sentir que realmente lo estabas haciendo bien, lo estabas *calculando* bien”.

Con su característico sentido del humor, mi padre solía contar que “cuando alguien, normalmente un arquitecto, me presenta como *calculista*, yo me refiero a él como *delineante*, porque el cálculo es al diseño estructural lo que la delineación es al proyecto arquitectónico”. No describía la deriva de tal situación, pero es fácilmente imaginable: en muy poco tiempo, el arquitecto en cuestión se daba cuenta de que Agustí no solo no era un calculista, ni tampoco un diseñador de estructuras, sino que era ni más ni menos que la solución. Una mente privilegiada y firmemente asentada en la realidad física, capaz de comprender cosas que los otros no veían, de hacerlas inteligibles a arquitectos e ingenieros y, además, de vestir todo el proceso intelectual de una aparente sencillez. Las miradas de todos esos profesores con los que me crucé durante la carrera se nutrían de un respeto fundamentado en el reconocimiento de esa transversalidad tan poco habitual en aulas, despachos y obras, y que tal vez, como yo, envidiaban y reverenciaban.

Mientras mi padre vivió, amparada por mi condición de su hija, me sentía de alguna manera aventajada respecto a los amigos, colegas, colaboradores, discípulos, alumnos, admiradores. Me gustaba pensar que yo atesoraba cosas, pasadas y presentes, a las que ellos no tenían alcance. Desde que no está, y ya no hay presente con él, me he dado cuenta de que Agustí pertenece a una infinidad de personas que no conozco, incluso a algunas que ni siquiera llegaron a conocerlo a él. Mucha gente pudo, o supo, celebrar su existencia de formas desconocidas e inaccesibles para mí, y yo solo soy propietaria de una parcela, preciosa pero minúscula.

A menudo voy al cine de Las Arenas con mi hijo y no puedo evitar sentir envidia de esos apeos en V, que desvelan el muro original por debajo, y que custodian una pequeña cápsula del pensamiento de mi padre. Y, en frente, el Palau Nacional, las obras de consolidación que presencié siendo una niña sin comprender, aunque quizá intuyendo, la audacia y valentía de aquella intervención que, como me explicó Enric Steegmann muchos años después, hizo contener el aliento a arquitectos, encargados de obra y operarios. La presencia de mi padre en los edificios que pensó es tan esencial como el conocimiento que, incansablemente, acumuló y compartió mientras pudo. El Hotel Arts, la Fundació Tàpies, el pabellón de Badalona, la torre Agbar, el Media-TIC, y un larguísimo etcétera, no son solo edificios que ahora me saludan. Son la estructura de lo permanente, de todo aquello que prevalece sobre el vacío irreparable de su pérdida.

© Del texto y la imagen, Cecilia Obiol

© De la edición, ETSAB

Imagen portada: Agustí Obiol con su hija Cecilia Obiol

Número 32

ETSAB breus — breves és una
col·lecció de lectures editada per:

ETSAB

Escola Tècnica
Superior d'Arquitectura
de Barcelona